

Alli encontramos nuestras maletas y muchas barricas de aguardiente.



correspondieron con iguales demostraciones. Supimos que uno de estos salvages, que hablaba un poco español, se llamaba Antonio, y que era de San Marcos de los Apalaches. Traia consigo á su familia, que la componia su madre, su muger, su hermana y su sobrino. Le dijimos si queria conducirnos á San Marcos de los Apalaches, y despues de conferenciarlo con su familia, se despidió de nosotros con tres de nuestros marineros, prometiendo venir al siguiente dia con su piragua. Sostuvo su palabra, pues le vimos llegar el dia 23, y el 24 cargamos una parte de nuestros efectos, y partimos en número de seis, porque su piragua no podia contener mas gente.

Antonio nos desembarcó en la otra isla donde encontramos á los otros tres compañeros que la antevispera habian tomado la delantera: el 28 de febrero estábamos ya todos reunidos. El ardor que el salvage habia manifestado por conducirnos á tierra firme, se habia entibiado mucho; todo el dia lo pasaba cazando con su familia, y por la noche no parecia por su cabaña, que nos habia confiado. Cinco dias estuvimos en esta isla, viviendo de nuestra pesca y de nuestra caza, y economizando nuestros bizcochos, temerosos de que nos faltasen algun dia.

A fuerza de buscar á Antonio, le encontramos y consintió en llevarnos. Nos embarcamos en número de seis, á saber: Mr. Lacomture, su muger, su hijo mayor de 15 años, Mr. Desclau, y yo. Tambien llevé á mi negro que completaba el número seis. Antonio y su muger vinieron con nosotros, y los otros tres salvages se quedaron con nuestros ocho marineros.

Antonio se detuvo despues de tres leguas de marcha y nos bajó á una isla donde nos obligó á permanecer hasta el siguiente dia, durante el cual hicimos una travesía mas considerable, y trascurrieron seis dias saltando de isla en isla, hasta que se agotaron nuestras provisiones, sin tener otro alimento que la caza que el salvage nos proporcionaba. Hacia ya siete dias que caminábamos y no veíamos la tierra. Vi en Antonio un malvado que pretendia abusar de nuestra desgracia y hacernos

perecer insensiblemente. Esto reflexionaba yo una noche sentado á la lumbre. Llamé á Mr. Desclau y á Mr. Lacouture y les dije las ideas funestas que me asaltaban, y les mostré la necesidad que habia de matar á Antonio.

A la otra mañana, 12 de marzo, hicimos dos leguas mas, y descendimos, segun costumbre, á otra isla: nos quedamos dormidos; desperté á media noche, no vi al salvage; pasé á la orilla ayudado de la claridad de la luna... Antonio habia desaparecido con su piragua. Despiertan mis compañeros, y al saber lo que pasaba, prorumpen en dolorosos lamentos.

Amaneció, buscamos con que alimentarnos y no encontramos nada, ni agua potable para beber. Llegamos al cabo de aquella isla estéril; desde allí descubrimos otra separada de nosotros como un medio cuarto de legua; despues de haber descansado algun tiempo, sintiéndonos hostigados por el hambre, determinamos atravesar el brazo de mar que separaba las dos islas, y cuando íbamos á emprenderlo nos detuvimos por una reflexion que no habíamos hecho todavia. Teníamos á nuestro lado á Mad. Lacouture y á su hijo; ¿cómo podrian seguirnos?

Sin embargo, yo tomé la mano de Mad. Lacouture; Mr. Desclau tomó la de su hijo; el marido hizo dos paquetes con las mantas y una parte de nuestros vestidos, y colocó uno sobre la cabeza del negro, guardó el otro y nos pusimos en camino. Mad. Lacouture, durante esta travesía penosa, mostró un valor que me sorprendió.

Llegamos por fin á esta isla donde esperábamos hallar alimentos; anduvimos buscando por espacio de una hora ostras, las cuales devorábamos á medida que las íbamos encontrando.

A la mañana siguiente nos pusimos á buscar mariscos, pero estaba creciente la marea y no encontramos ninguno. No me detendré en referir lo que hicimos durante los diez primeros dias que trascurrieron desde aquel en que Antonio nos abandonó.

El 22 de marzo, advertimos que en una isla inmediata habia una piragua vieja; la esperanza que nos inspiraba podia ser quimérica, pero nosotros nos entregamos á ella con ardor y nos pusimos en marcha, sin llevarnos á Mad. Lacouture ni á su hijo, dejándoles mi negro para que les sirviera. Llegamos á la isla despues de tres horas y media de marcha. El terreno que pisábamos era desigual, y no hacíamos otra cosa que subir y bajar: encontramos una especie de pozo en el cual existia agua dulce que contribuyó á animarnos, y no tardamos luego en descubrir la piragua; pero habiéndola examinado, la vimos en el estado mas deplorable: quisimos componerla, para lo cual reunimos una especie de yerba que crece en la copa de los árboles y que se llama *barba española*, únicos materiales que teníamos para la composicion de nuestra débil nave. No obstante, tuvimos que dejar este trabajo para buscar alimentos, hallamos mariscos; encendimos lumbre y nos calentamos aquella noche. El segundo dia de nuestra llegada á la isla, le pasamos trabajando en la reparacion de la piragua, y terminamos nuestra obra cuando terminaba el dia: al otro botamos al agua la piragua, pero observamos que habíamos trabajado inútilmente. Mr. Desclau y yo, pensamos en ir á la isla donde habíamos dejado á los ocho marineros, con la esperanza de hallar á Antonio y obligarle á conducirnos á los Apalaches. Nos despedimos de Mr. Lacouture y ganamos la otra estremidad de la isla, pero conociendo la gran distancia, retrocedimos, mas no encontramos ya á Mr. Lacouture en la costa donde le habíamos dejado, pues habia partido con su piragua al lado de su muger: aguardamos al dia siguiente para emprender este pasage: llegamos á donde estaba Mad. Lacouture, y la encontramos al lado de su esposo: aquella noche tuvimos lumbre y la pasamos apaciblemente.

El 26 de marzo, el deseo de salir de esta isla nos hizo recurrir á nuestra piragua; hicimos uso de la misma especie de materiales que ya habíamos empleado, en cuya operacion

gastamos tres días; pero la piragua no podía mantenerse un cuarto de hora sin llenarse de agua. Sin embargo, no distábamos de tierra firme mas que dos leguas, y era imposible embarcarnos todos á la vez, y determinamos partir Mr. Lacouture, Mr. Desclau y yo. Mientras que dos de nosotros remábamos, el tercero debía ocuparse en sacar el agua que entrara en el barquichuelo. Esta resolución la pusimos por obra al siguiente día; pero la piragua no pudo resistir el peso de nuestros cuerpos, pues se sumergía al instante; yo salté en tierra, y Mr. Lacouture y Mr. Desclau partieron. Sin la isla que se hallaba entre nosotros, yo hubiera visto perecer á mis amigos. Cuatro estábamos en esta isla, y yo era el obligado á procurar la subsistencia de todos.

Seis días trascurrieron desde la partida de mis dos compañeros. Cansado de mi dolorosa situación, imaginé fabricar una balsa sobre la cual pudiésemos embarcarnos, y todos cuatro nos pusimos á la obra; cortamos leña, y deshicimos una parte de nuestras medias, cuyo hilo fué empleado en hacer cordeles, y al cabo de tres días terminamos la balsa y la dejamos en la orilla para partir al siguiente día; sobrevino una tempestad, y á la otra mañana vimos que la balsa habia desaparecido. Por espacio de cinco días experimentamos una disenteria que puso al jóven Lacouture á las puertas de la muerte. Fabricamos otra balsa, la botamos al agua y entramos en ella el día 19 de abril, si la memoria no me engaña, sin el enfermo, que ofreció quedarse de buena gana en la isla esperándonos, y bogamos hácia tierra firme sin experimentar el menor incidente, aunque si mucha fatiga; nuestra navegación duró doce horas, al cabo de las cuales tomamos tierra: acababa de ponerse el sol, y era preciso buscar un parage donde pudiésemos pasar la noche con menos incomodidad: encendi una grande hoguera, al lado de la cual nos comimos una parte de las provisiones de mariscos que llevábamos. Alejóse un instante Mad. Lacouture no sé á qué: al poco tiempo la oí gritar; mi negro se





Socorro, señor Viaud.....—Cogí un tizon..... y la ví perseguida  
por un oso.....

encaramó á un árbol, y vi llegar á mi compañera gritando: ¡Socorro, señor Viaud!.. cogi un tizon, y la vi perseguida por un oso que huyó despues temeroso de la claridad que despedia la hoguera. Al otro dia nos pusimos en camino, dirigiéndonos hácia el Este con el designio de llegar á San Marcos de los Apalaches; pero nuestras fuerzas no nos permitieron andar mucho camino, y nos limitamos á una marcha de hora y media: hicimos alto en una especie de playa, muy parecida á aquella de la cual habiamos salido el dia anterior: nuestra balsa se habia inutilizado, y no pudimos proseguir. El hambre nos acosaba; encontramos una yerba que creímos nos alimentaria, la comimos, y pasamos una noche terrible experimentando los mas atroces tormentos. A los tres dias el hambre y la sed nos acosaba mas, y meditamos la bárbara resolucion de matar á mi negro para alimentarnos: llevamos á cabo nuestro proyecto despues de terribles angustias, y nos alimentamos con su carne.

Decidimos la construccion de otra balsa: seis árboles deshojados por el tiempo, que el agua habia arrastrado, y que se habian detenido en la orilla, me parecieron que eran materiales sólidos y convenientes á mi objeto: amarré cuatro de estos árboles, cuyas ligaduras fueron cortezas. Descendimos á ella cuando estuvo concluida y botada al agua, y al cabo de dos horas llegamos á otra isla, desnudos y con el resto de las fatales provisiones que nos habia proporcionado mi negro. Despues de haber descansado aquella noche en la mencionada isla, al amanecer nos pusimos en marcha, esperando siempre llegar á San Marcos de los Apalaches; pero llegamos antes á otra isla, en la cual decidí permanecer hasta morir, dejando en libertad á Mad. Lacouture para que me abandonara. Me hallaba enfermo, desalentado, cuya posicion me inspiró aquella resolucion, pero Mad. Lacouture se opuso á ella. Una grande polla de India que distinguimos que salia de un bosquecillo cercano, nos hizo sospechar que encubaba, y nos vino el deseo de apoderarnos de

sus huevos, y Mad. Lacouture se creyó en el deber de buscarlos. Yo quedé solo tendido cerca de tres horas: el sol acababa de ponerse, cuando escuché unos gritos que despertaron mi atencion. Me arrastré hácia la orilla y distinguí una grande canoa que descendia á lo largo de la costa. Me puse de rodillas, y con mi gorra en la mano comencé á hacer señas. Me vieron, llegaron, y el exceso de mi alegría casi vino á ser funesto. Les supliqué continuaran gritando, para que oyera Mad. Lacouture, cuya ausencia comenzaba á inquietarme: pareció con la polla de India y su nido. Como habia venido la noche fué inútil pensar en embarcarnos. Supe entonces que estábamos á 6 de mayo; alli pasamos toda la noche en derredor de una gran fogata. Nuestros salvadores eran ingleses, y su gefe un oficial de infantería llamado Mr. Wright.

Quando terminé la relacion de mis aventuras pregunté el motivo que los habia conducido alli, y me dijo Mr. Wright, que pertenecia al destacamento de San Marcos de los Apalaches, mandado por Mr. Sevettenhan: que algunos dias antes un salvage habia encontrado en la costa un hombre muerto, y el resto de sus vestidos anunciaban que era europeo, y Mr. Sevettenhan mandó que recorriese la playa una expedicion en una canoa.

No dudé que el cadáver hallado fuese el de Mr. Lacouture ó el de Mr. Desclau, mi asociado. Al amanecer del otro dia entramos en la canoa, y Mr. Wright pensó en terminar su mision recorriendo las demas islas, pues solo le quedaba una que visitar antes de volver á San Marcos de los Apalaches. Reconoció la isla donde habiamos dejamos al hijo de Mad. Lacouture: nuestros soldados comenzaron á gritar, pero nadie respondia. Entramos en la isla y encontramos al desgraciado jóven tendido boca á bajo, lo que nos persuadió de que estaba muerto; pero ¡cuál fué nuestra sorpresa al sentir que su corazon latía! Madama Lacouture corrió hácia su hijo, le cubrió de besos y procuraba calentarle contra su seno. Se le socorrió, abrió los ojos,





¡Gracias, Dios mio! exclamó ella arrodillándose, por haber conservado  
à mi hijo.

y Mad. Lacouture; «¡Gracias, Dios mio! exclamó arrodillándose, porque has conservado á mi hijo.»

Aquel mismo dia nos embarcamos para San Marcos de los Apalaches, á donde llegamos el dia 8 de mayo á las siete de la noche. Mr. Sevettenhan nos trató con suma bondad, y nos proporcionó medios y todo género de auxilios. Habia llegado el término de nuestros sufrimientos.

En San Marcos tuve nuevas del pérfido Antonio, y de los marineros que habian quedado en la isla donde nos habia conducido á todos. Estos infortunados fueron sorprendidos mientras dormian, por la madre de Antonio, su hermana y su sobrino, y los habian asesinado. De los otros cinco compañeros jamás supe nada.

A los trece dias se me presentó una ocasion para marchar á San Agustin, y no la quise desperdiciar; me despedí de madama Lacouture y de su hijo, y partí. El dia 13 de junio llegué á San Agustin, y me puse en cura; tenia algunas úlceras en la garganta, ocasionadas por la carencia de agua; pero á fuerza de cuidados desaparecieron estos sintomas. Luego partí para Nueva-York, donde vivo en la actualidad bueno enteramente.

### XXX.

NAUFRAGIO DE LA PEROUSE.—DESCUBRIMIENTO DE LOS RESTOS DE LA  
ESPEDICION AL REDEDOR DEL MUNDO.

El piloto Maasfield, del rio Derwent, dice Mr. Dumont d'Urville, habiendo sabido que nuestra mision tenia por objeto hacer descubrimientos y esploraciones en el mar del Sur, me preguntó si yo habia tenido nuevas. A mi respuesta negativa,

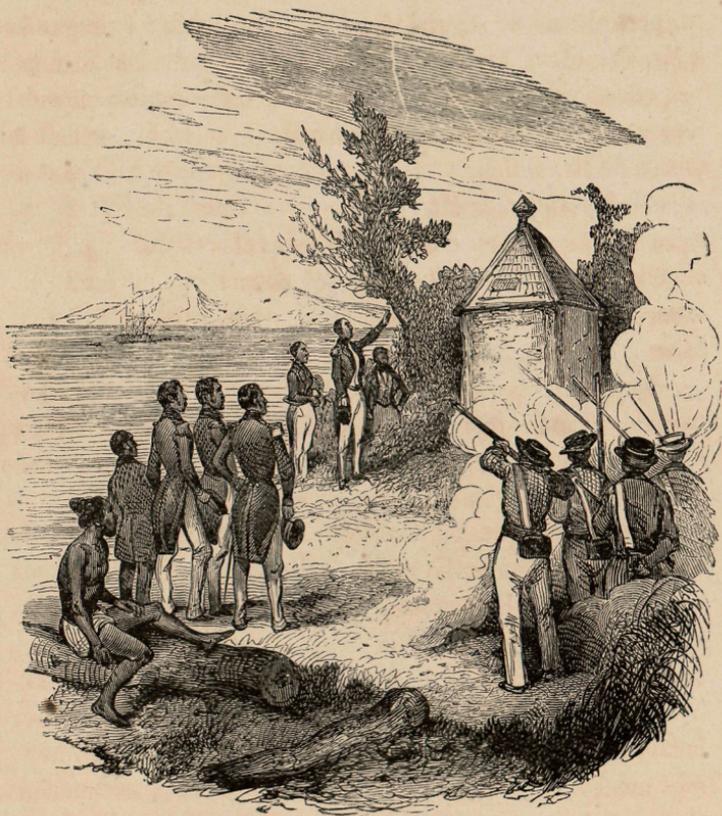
me dijo de una manera confusa, que el capitán de un navío inglés había últimamente encontrado los restos del buque de La Perouse en una de las islas del Océano Pacífico. Añadió que este capitán mercante, enviado por el gobernador de Bengala para buscar á los demas náufragos, habia tocado en Hobaut-Town, seis meses antes de mi llegada, y que un marinero prusiano se encontraba todavía á su bordo. Esta relacion hecha de una manera poco correcta, no me pareció mas que un cuento, pero el tono de seguridad del piloto, me obligó á preguntar á Mr. Francland, ayudante de campo del gobernador. Este jóven oficial vino á bordo para presentar los cumplimientos del teniente coronel Arturo. Pregunté á Mr. Francland acerca de la mision de Mr. Dillon, y me dió un diario donde se hallaba consignada la relacion de Mr. Dillon, relativa á su descubrimiento en Tikopia. Despues de haber leído esta relacion, me pareció encontrar en ella sinceridad; renuncié á mis proyectos ulteriores sobre la Nueva Zelanda, y me decidí conducir el Astrolabio á Vanikoro.

Despues de muchos incidentes de pura navegacion, el Astrolabio llegó delante de Tikopia el 10 de febrero de 1828, y un dia despues á Vanikoro.

Despues recorrimos la isla, salieron á nuestro encuentro varios salvages, que nos recibieron con agasajo, y despues de haber andado una media milla, hallamos un mausoleo donde estaba enterrado La Perouse, y en una de sus fachadas pusimos el siguiente letrero: *A la memoria de La Perouse y de sus compañeros, el Astrolabio, 14 de marzo de 1828.*

Inauguramos el monumento, y descendí á la cabeza de diez hombres armados, y en medio de un silencio respetuoso, hicimos muchas descargas en honor de aquella triste solemnidad. Cuarenta años antes, los ecos de estas mismas montañas acaso habian repetido los gritos de nuestros compatriotas, espirando bajo los golpes de los salvages.

El 17 de marzo de 1828, á la once y quince minutos de la



Hicimos muchas descargas en honor de aquella triste solemnidad.

